
Sexto A o Sexto B

Gerardo González Nava

Maestro en Gestión Educativa. Docente en el CEPJA “Octavio Paz” en Chimalhuacán, Estado de México.

prof.gonzalez.nava@gmail.com

Cuando fui invitado para escribir en esta revista bajo el tema los “estudiantes inolvidables...” y celebrar el día del maestro, pensé en escribir sobre los primeros que me sacaron canas verdes, o sobre los que llenaron mi corazón de alegría; también recordé a aquellos que cooperaron con un poco de tristeza o impotencia, otros, porque no decirlo, de rabia; tantos estudiantes e historias que no terminaría de platicarte.

Sin duda, te hablaría de Lizbeth y Alexis, esos pequeñitos de segundo grado, estudiantes de mi primer grupo en primaria, tanto me enseñaron y seguro estoy que sus padres algo positivo también aprendieron; ellos, como mis hijos, siempre están presentes en todos los niños que me toca atender, siguen siendo mi motor para dar lo mejor.

Claro, que al tratar de decidir sobre quién o quiénes te platicaría, también se hicieron presentes mis alumnos de la EPJA (Educación con Personas Jóvenes y Adultas), indudablemente que con tantas historias de éxito, otro texto escribiría; pues después de que fueron relegados por la sociedad y al permitirme luchar de su lado, desde un centro educativo, para buscar una mejor calidad de vida para ellos y los que los rodean, su familia y comunidad, el mérito que tienen es doble; por eso digo que mínimo se merecen un libro.

Pasaba el tiempo y seguía sin decidirme sobre quién escribir, pero quiero decirte que cuando llegó la inspiración la decisión fue simple; pero antes, ayúdame con uno de tus recuerdos, ¿qué responderías si te pregunto?, ¿qué grupo es mejor, Sexto A o Sexto B?, y si ya le ganamos a los prejuicios políticamente innecesarios y te vas dando junto conmigo la oportunidad de sentir con estas líneas, estoy seguro de que ya te respondiste con una gran sonrisa e innumerables recuerdos; ahora sí, permíteme comenzar.

Esta pequeña historia ocurre en Ecatepec de Morelos, Estado de México, me llena de mucho orgullo decir que es *de Morelos*, aunque los hechos ocurrieron muy lejos de donde él estuvo por última vez; se dio entre Sagitario 1 y la Nueva Aragón, en una de las tantísimas primarias que llevan el nombre “Alfredo del Mazo” y te narraré sólo algunas de las acciones que volvieron, para muchos, a este grupo de 50 estudiantes inolvidables, tan especial.

Ya con cinco años conviviendo a diario, hoy puedo decir que eran como hermanos y como en todas las familias, había de todos los caracteres, aptitudes y actitudes, pero la magia ocurría cuando estaban todos juntos, niñas y niños, ya sea tanto en el aula como fuera de la escuela.

Cuentan algunas mamás, que se les veía muy contentos rodar en sus bicicletas a todos los niños después de las clases; nunca supe a quién se le ocurrió la idea, pero llegaba un pequeño grupo de ellos a tocar la puerta de una casa para pedir permiso o gritar el nombre del niño en turno para que saliera y fueran a buscar a los que faltaban, visitar algunas niñas o para seguir recorriendo las calles de esas colonias que eran tan tranquilas sin tantos autos.

A partir de la mitad del ciclo escolar, algo que tampoco entendí cómo sucedió, fue que tuvieron bastantes convivios; los viernes se reunían en diferentes casas según les tocaba y su pasatiempo era bailar *Quebraditas*, *rock urbano* o *cumbias andinas* por horas, practicaban los mismos juegos que los divertían en la escuela, las mamás anfitrionas les preparaban aguas de sabor y alguna que otra botana.

Dentro de la escuela, aunque se podía ver a los niños jugando en el recreo, *burro entamalado*, *trébol* o *coleadas* en un patio y luego en otro, al buscarlos, queriendo evitar algún accidente ya tenían un balón de plástico de fútbol americano o pateando un bote de *Frutsi* lleno con papeles, también compartían juegos con las niñas, jugaban al *resorte*, *al avión* o *stop*.

Tras diversos problemas que tuvo el director escolar y los movimientos administrativos que ello generó, el grupo trabajó con distintos profesores; con el profe suplente, Víctor, disfrutaron la pasión de la historia oral, pues siempre les contaba leyendas, fábulas e historias, tanto

clásicas como contemporáneas del territorio donde se encontraban, la mayoría siempre sobrenaturales.

Su facilidad para el deporte y la comunicación que tenían sin necesidad de hablarse, los llevó a participar en un torneo corto de basquetbol contra otras primarias dentro del recién inaugurado TESE (Tecnológico de Estudios Superiores de Ecatepec), las selecciones, femenino y varonil formadas por este profesor tuvieron buenos resultados.

En ese año ya estaban muy bien coordinados para atender y solucionar cualquier tipo de evento; la compañera Marcela, a la que tanto querían por su carisma y despliegue de valores comunitarios, desde quinto año espantó a todos con los ataques epilépticos que padecía, pero este último año ya sabían que hacer; una niña ponía las manos detrás de su cabeza, mientras varios niños apartaban las bancas y objetos con los que pudiera lastimarse alguna otra parte del cuerpo, era muy fuerte; otra u otro salía corriendo a avisar a la dirección y de ahí a su casa, pues vivía enfrente; al pasar todo, la sentaban y volvían a acomodar el salón en lo que llegaban los maestros y su mamá. Una situación similar ocurrió con su maestro Ricardo, titular del grupo, y sin preocupación lo atendieron, pues entendían que él se encontraba en mucha tensión.

Como te mencioné desde el inicio de la historia, estos niños vivieron un sinfín de aventuras de todo tipo, pero cerraré con una un tanto más académica, pero con la misma chispa que los caracterizó, una excelsa puesta en escena, interpretaron la obra de teatro *Compro esa mula*.

Bajo la batuta del Maestro Ricardo, en una clase de español veían las características de las obras de teatro; origen, exponentes, obras clásicas y modernas; y nuevamente alguien se paró de su lugar y propuso hacer una obra entre todos, sin más el maestro aceptó y claramente dijo “sí, pero ustedes se encargan de todo”, así ocurrió; pasaron semanas entre los ensayos, el orden y agenda de la producción hasta que llegó el día esperado.

Todos acondicionaron el salón para volverlo un teatro digno de cualquier representación profesional; unos tapaban ventanas, ponían cortinas, otros acarreaban algún tipo de mueble desde su casa para

tener la sala lista donde ocurría tan cómico enredo y los que actuaron se personificaron y actuaron tan bien que aquello fue un gran suceso, que claramente, al final celebraron bailando. Puedo decirte que, desde la planeación hasta la puesta en escena, disfruté tanto a todos que aún recuerdo cada diálogo que dijeron y espacio de ese salón de lámina que ya no existe.

Pasaron unos cuantos años y ahora en otra primaria y en un municipio diferente y muy lejano me encontré nuevamente con el maestro Ricardo, nos saludamos con tanto gusto que rápidamente me llevó con su nuevo grupo, les pidió a sus nuevos alumnos de sexto que dejaran lo que estaban haciendo porque les iba a presentar a un maestro que hace muchos años, en Ecatepec de Morelos, fue su alumno, el cual es parte de un grupo de estudiantes inolvidables.